LOS PERROS DE JUAN Y JUDAS

Original de
RAFAEL DUYOS

En el olivar ladraron
los perros cuando El salía,
el perro del Iscariote
—negros pelaje y pupilas,
grande, sucio, olvidado
por su amo en la noche impía—
y el perro blanco y chiquito
de Juan el evangelista...

De tanto caminar juntos
canes de razas distintas,
los perros de Juan y Judas
peleaban y se querían...

Junto al Señor, muchas veces,
en las noches palestinas,
dejando a Judas y a Juan
a un lado y otro dormían..
y tomaban de Su mano
los restos de las comidas,
saltando en torno de Cristo,
recibiendo sus caricias..

Fieles perros... Cuando el Jueves
se fundó la Eucaristía
y el Pan fué Cuerpo de Dios
y el Vino su Sangre misma,
ellos se quedaron fuera
gruñendo entre las olivas,
esperando inutilmente
la llamada del Mesías...

Ni Judas huyendo en busca
de las monedas malditas,
ni Juan, absorto, soñando
con la Comunión pristina,
se acordaron de sus perros
en la Cena de aquel día.
Los perros, abandonados,
callan, y en la noche tibia,
con la luna del Nizán,
grande, redonda, blanquísima,
cuando Cristo salió al Huerto
—mientras sus hombres dormían—
se oyeron dulces gruñidos...
Los canes—hambre canina—
saltaron viendo al Señor
y el Señor... nada traía...
Lamen sus pies, cariñosos,
como una señal sumisa
y El reza solo, avanzando,
y suda sangre y suspira...

Pero no está solo; mientras
los Apóstoles dormitan,
antes que Pedro despierte,
los buenos canes vigilan...
Y cuando llega la chusma
y Judas dice mentira
besando a Jesús, su perro
ladra loco... Es que adivina
que el beso y el «Salve, maestro...»
de su amo con voz fingida,
son el beso y las palabras
de un traidor... Y desconfía
y ladra y quiere a su dueño
morder: y Jesús se inclina
y acariciando a los canes
les habla, les tranquiliza...

Si no es nada, si me voy
pero volveré en seguida...

Pero el Señor no volvió
y al pie de la Cruz bendita,
subiendo tras de su rastro
—calle de Amargura arriba—,
los dos perros alcanzaron
a ver a Jesús con vida.

De doce hombres, sólo Juan
estaba allí, con María...
Y los dos perros, los perros,
los perros fieles, gemían
ululando, estremecidos,
viendo morir al Mesías...

Y cuando el de Arimatea
cedió su huerta vecina
para Sepulcro de Cristo,
los perros allí seguían,
sin fuerzas para ladrar,
pero seguros vigías
de aquella tumba que sólo
los cielos abrir podían...

¿Y Judas...? ¿Y los demás
Apóstoles...? Con María,
sólo Juan y... los dos canes
con las orejas caídas
y los hocicos babosos...
Los soldados —vino y risa—,
les maltrataron; pero ellos
pegados a las rendijas
del Sepulcro, no tuvieron
miedo de lanzas y chirlas...
Fieles al Señor no temen
al rencor ni a las envidias...
Y no son como los hombres
que niegan con cobardía...
Fieles a Jesús, le siguen
ahora muerto, como en vida...

Cuando al nacer el domingo,
la tumba quedó vacía
y las mujeres llegaron
con las luces matutinas
y habló el Angel: «Quien buscáis
resucitó al tercer día...»,
los dos perros ya no estaban
ni en el jardín ni en la cripta...
Nadie los vió más... ¿Se fueron
con El...? ¿Se convertirían
en lebreles celestiales
de las estrellas altísimas...?

Por todo Jerusalén,
Juan los buscó noche y día...
Y un atardecer, cruzando
el Huerto de las olivas,
reviviendo huellas del
Señor, el Evangelista,
encontró a los canes muertos,
con las abiertas pupilas,
a las puertas del Cenáculo,
esperando la comida,
la comida celestial
que a ellos nunca llegaría...

Juan, llorando, contempló
la azul cúpula divina...

Nubes, con forma de perros,
ladraban cielos arriba...

ESPECIAL PARA
LA REVISTA DE LA
SEMANA SANTA
DE CREVILLENTE